



na de palo. Como su compañera no hablaba, el mozo intentó suscitar el diálogo, que naufragaba siempre en la concisión de las respuestas.

—Un día —dijo— volverás a Cecebre.

—No sé.

—¿No piensas en ello? Di la verdad.

—La verdad, Gerraldo: no creo volver nunca.

Se sintió como repellido por aquellas palabras, como devuelto a su condición inimportante, y enmudeció. Cuando se separaron se atrevió a proponerle:

—Dame las señas de tu casa.

—¿Para qué?

—Para saber de ti.

Ella vaciló brevemente antes de negar:

—No quiero que me molesten los de allá. Ya nos veremos alguna vez. ¿No nos hemos encontrado hoy? Pues también puede ocurrir otro día... Adiós.

Se alejó sonriente, ligera, con la vida moza tembándole en las carnes. La muchedumbre la disolvió en su corriente espesa, y ya no fue visible.

Dos horas después, en la casita del castro, en lo más alto de la fraga, se encendió la luz, como todos los días.

De lejos parecía una estrella y estaba en compañía de las estrellas azuladas del cielo. De cerca era un candil y alumbraba a un hombre solitario.



ESTANCIA III

El alma en pena de Fiz Cotovelo

Esto ocurrió en aquellos años en que una gallina costaba dos pesetas y la fraga de Cecebre era más extensa y frondosa.

Xan de Malvís, más conocido por *Fendetestas*, pensó —una vez que llenaba de piñas un saco remendado— que aquella espesura podía muy bien albergar a un bandolero. No es que Xan de Malvís viese en tal detalle un complemento romántico de la hosca umbra; más bien apreció la inexistencia del bandido como una vacante que podía ser cubierta. Y se adjudicó la plaza.

Cuando Fendetestas abandonó sus tareas de jornalero en Armental para emprender la higiénica vida del ladrón de camminos, no disponía más que de un pistolón probado algunas veces en las reyertas de romería, y cuyo cañón, emmohecido y atado con cuerdas, parecía casi el cañón de un trabuco. Fendetestas llevó también a la fraga un ideal: robar la casa de algún cura. No hubo ni hay en el campo gallego un solo ladrón que no haya robado a un cura o soñado en robarle. Es un tópico de la profesión. Puede ocurrir —y hasta es frecuente— que los curas sean más pobres que los mismos labriegos, pero esto no librará a sus casas del asalto. Se ignora el espejismo o la voluptuosidad que incita a los ladrones a preferir estas empresas —acaso una reminiscencia de los tiempos del clero poderoso y feudal—, pero puede afirmarse que, si desapareciesen súbitamente de Galicia todos los curas, todos los ladrones se encontrarían desconcerta-

Reyerta: Contienda, disputa.

Emmohecido:

Cubierta de moho, capa que se forma por alteración química en la superficie de

un cuerpo metálico, como la herrumbre o el cardenillo.

Trabuco: Arma

de fuego más corta y de mayor calibre que la escopeta ordinaria.

Voluptuosidad:

Complacencia en los deleites sensuales.

Reminiscencia:

Recuerdo.

Aprensión: Temor. dos y con la apreñsion angustiosa de que se había acabado su misión en las aldeas.

Xan de Malvis pensó, naturalmente, en robar a un párroco, pero aplacó su proyecto para cuando hubiese adquirido cierta perfección en el oficio. Las primeras semanas las dedicó a desvalijar a los labriegos que volvían a vender ganado en las ferias. Se tiznaba grotescamente el rostro y aparecía en lo sumo de la corredoira dando brincos, apuntando con el pistólón y gritando, para amedrentar a sus víctimas:

—¡Alto, me caso en Sorria!

Y no le iba mal. Apañoó el primer mes dieciocho duros; más de lo que ganaba en un trimestre trabajando para los labradores de Armental. Comía lo suficiente, dormía en una cueva arcillosa que iba dando, poco a poco, a su traje la dureza de una tabla, y entretenía sus largos ocios haciendo trampas para pájaros. Por las noches miraba largamente la luna, oía ladrar los perros de las aldeas, rezaba un Padre-nuestro y resalaba hasta el sueño pensando:

—El día que me resuelva a robar en la casa del cura...

Verdaderamente, no le iba mal. Pero una noche en que la inquietud le había arrojado de su guarida llevándole a vagar cautelosamente por lo más intrincado de la fraga, tuvo una visión que le llenó de pavura. Por entre robles y castaños, siguiendo las sinuosidades de una vereda casi cubierta por los tojos, vio avanzar un fantasma. Era un fantasma enteramente igual a cualquier otro fantasma aldeano. Venía envuelto en una blanca sábana, traía una luz sobre la cabeza y arrastraba unas cadenas que chirriaban al rozar con los pedruscos del camino. Xan de Malvis se había disfrazado demasiadas veces de espectro en sus aventuras amorosas para no comprender que aquella era auténticamente un alma en pena. Tan asustado que

Alma en pena: La que padece en el purgatorio o anda errante entre los vivos sin encontrar reposo definitivo.

¹ Eufemismo por «me cago en Sorria».





Conjurar: Impedir, evitar, alejar un daño o peligro.

dó que ni habla tuvo para conjurar la aparición inesperada. Corrió hacia su cueva, arañándose en las zarcas, y no concilió el sueño hasta el amanecer.

Dos noches después casi tropezó con el mismo fantasma, junto a las rocas cubiertas de musgo que amparaban su guarida.

—¡Jesús, María, José! —exclamó entonces, santiguándose—. ¿Quién eres y qué quieres de mí?

Y el fantasma habló con la voz afligida, un poco en falsete, de todos los fantasmas:

—Soy el ánima de Fiz Cotovelo, el de Cecebre, que anda penando por estos caminos.

—¿Quieres unas misas? —preguntó resueltamente Fendetestas, como si las llevase él en el bolsillo.

—Nunca vienen mal —parece que respondió el fantasma—. Pero si me ves así es porque hice en vida la promesa de ir a San Andrés de Teixido², y no la cumplí, y ahora necesito que un cristiano vaya descalzo y peregrinando en mi lugar, y que lleve una vela tan alta como yo he sido.

Xan de Malvís se rascó la cabeza donde, si algunos pelos se habían tranquilizado, otros seguían erizados aún. Balbuco:

—Pues..., yo bien iría..., pero, la verdad, no me conviene mucho ni creo que me dejasen llegar muy lejos.

El espectro lanzó un largo gemido que hizo que se volvisen a poner de punta aquellos pelos ya sossegados de Malvís, y siguió arrastrando sus cadenas.

—Rezará por ti —ofreció Fendetestas.

Desde entonces el bandido pudo saber perfectamente cuándo eran las doce en punto de la noche. Solo con asomarse a su cueva veía pasar la aparición,

² Se refiere al santuario de San Andrés de Teixido, pueblo de la costa cantábrica de la provincia de La Coruña. El objeto de la peregrinación es el culto a la imagen relicario del apóstol san Andrés, cuya reliquia fue traída por los caballeros de la Orden de Malta, a la que perteneció el santuario del siglo XII al XIX. Populamente se cree que alrededor del santuario crecen unas hierbas que sirven para enamorar.



Ulular: Dar gritos o alaridos.

Exacerbada: Recrudescida, enconada, agravada.

gimiendo y ululando, y aun sin asomarse, oía el ruido de las cadenas. Como lo habitual pierde emoción, y Malvís era un hombre valiente, concluyó por familiarizarse con la presencia del fantasma. Muchas noches, sintiendo exacerbada en su soledad el ansia de echar un párrafo con alguien, esperaba, sentado en las piedras musgosas, al espíritu de Fiz Cotovelo y le instaba a detenerse.

—¿Qué prisa llevas? —le preguntaba.

Y después:

—¿Cómo marcha el asunto?

Entonces ambos conferenciaban gravemente. Fiz Cotovelo se dolía de que todos escapasen aterrados, sin pararse a escuchar lo que tenía que decirles, y de la enorme cantidad de agua bendita que le arrojaban en la aldea y que le hacía andar siempre con la sábanita terriblemente húmeda. Malvís hablaba de sus pequeños negocios del día y, sobre todo, de su proyecto de asalto a la casa del cura. A veces el fantasma se interesaba en la vida del bandolero.

—¿Lo pasas bien? —inquiría.

Y Fendetestas escupía en el suelo, elevaba un poco sus hombros fornidos y contestaba:

—Es peor arar, Cotoveliño; te lo digo yo: es peor arar. Lo malo está en que no puedo salir de aquí a comprar tabaco. Si hubiese tabaco en la fraga, no me cambiaba por el maestro de escuela. Palabra. Pero cuando no puedo fumar... Muchos días estuve tentado, solo por eso, a volver a ser un hombre decente.

Fiz Cotovelo conservaba sus tendencias de campesino; auguraba el tiempo, predecía la abundancia o mezquindad de las cosechas y le gustaba saber cuánto habían pagado por los bueyes los tratantes castellanos que aparecían en las ferias con sus sombreros anchos, sus blusones anudados sobre el vientre y la correa de un látigo por el cuello.

Una noche, mientras jugaba pensativamente con los eslabones de su cadena, contó su vulgar historia

Trazante: El que se dedica a comprar géneros para revenderlos.

Augurar: Predecir.



Senencia:
Dicho, máxima.

Candente: Ardiente.

Ultramar: País o territorio colonial de allende el mar.

Era: Espacio descubierta, llano y a veces empedrado, donde se trillan las mieses.

Regalada: Agradable, deleitosa.

Palenque: Terreno cercado, en este caso por las aguas.

Ferrado: Medida agraria, usada en Galicia, cuya superficie varía desde 4 hasta 6 áreas.

Tomar las aguas: Estar en un balneario para hacer una cura con sus aguas.

³ Villa de Lugo, perteneciente al partido judicial de Villalba, situada en la comarca denominada Terra Chá. Sus fuentes de producción son la agricultura, la ganadería y la maderera, así como las canteras de granito. Es estación balnearia.

al bandido. Él, Félix Cotovelo, había vivido y muerto muy pobre, muy pobre. Pero aparte el pesar de haber

dejado incumplida su promesa a san Andrés de Teixallega, «irá de muerto el que no fue de vivo», no llevó a la tumba otro pesar que el de no haber realizado su candente deseo de marcharse a América. Fue una obsesión que le acompañó desde la niñez, una punzante ansiedad de todos los días. Cuando era joven, la fuerza de sus brazos tendía a emplearse sobre los inmensos campos vírgenes de Ultramar, de los que tanto hablaban los emigrantes; cuando llegó a la madurez y comprendió que nada podría hacer ya en las tierras lejanas, seguía pensando en ellas en el secreto de sus ensueños como en algo que, al hacerse imposible, priva de sentido a una existencia. Si hubiese ido allá —se decía—, sin duda alcanzaría la fortuna, como tantos otros, y podría tener su casita y sus eras y un diente o dos de oro y una vejez regalada, y podría contar las aventuras de la ruda labor que realizaría hasta desembocar en prosperidades. Sin duda, no todos los que emprendían el largo viaje triunfaban, pero hasta los que regresaban con billetes de caridad pagados por los Consulados hablaban con nostalgia de aquel amplio y maravilloso palenque que era América. En verdad, ya no sabían conversar sino acerca de aquel tema cautivador.

Cotovelo refería a Malvis la magnificencia de la vida de su abuelo, que había estado en Cuba y había vuelto, a casarse y a comprar tierras en Ceeebre. Era dueño de muchos ferrados de tierra en la parroquia, y su ganado el más abundante y el mejor: bueyes gordos y grandes como montañas. Mataba tres cerdos para el consumo de la casa e iba todos los años con su mujer a tomar las aguas de Gutiriz⁶, porque el



tropical le había estropeado el hígado, y se hospedaba en una buena fonda. Cuando murió, repartiose su hacienda entre sus tres hijos, y entonces tuvieron estos que aumentar su trabajo y reducir su comida. Pero, en fin, el padre de Fiz Cotovelo aún podía vivir sin más ahogos que los de cualquier otro labrador. Lo terrible fue que, entre los seis hijos que dejó, a su vez, las tierras se atomizaron hasta lo increíble. Era el mal de Galicia y la razón por la que se hundían en la miseria aquellos que no podían emigrar. Un prado les quedó, tan repartido, que si una vaca iba a paecer en él, no podía comer la yerba propia sin tener las patas traseras en la propiedad de otro hermano y los cuernos proyectando sombra en la de un tercero. Nunca pudo agregar el pobre Fiz algo más sustancioso a la taza de caldo del mediodía ni a la taza de caldo de la noche. Y siempre pensando, siempre, siempre, en que si hubiese podido marchar a América tendería la fortuna con él, como uno de aquellos lindos pájaros, enjaulada. Y se hubiera casado. Y en el hogar de un Cotovelo volverían a sucumbir tres cerdos al finalizar cada otoño.

—América está en todas partes —comentaba Fernández pensando en sus propios manejos.

—No está, no —era la triste respuesta de Fiz.

El ladrón fue sintiendo hacia él una simpatía que se mezclaba a cierta sensación de superioridad. Aquel alma en pena le parecía bastante rudimentaria y la trataba muchas veces como se trata a un niño. Pero no pasó mucho tiempo sin que se diese cuenta de que su único amigo le llevaba involuntariamente a la ruina. Desde que se supo que entre la espesura de la fraga iba y venía, lanzando aullidos, un espectro, nadie gustaba de aventurarse por las veredas que la cruzaban. En cuanto declinaba el sol, los caminantes preferían el más largo rodeo a poner un pie ni en las lindes del bosque, y aun en el corazón del día eran muy pocos, muy apresurados y muy recelosos los que se de-

Atomizar: Dividir en partes sumamente pequeñas.

Paecer: Comer el ganado la hierba de los campos.

Rudimentaria: Elemental.



Camo: Mamífero ruminante cévido, de pelaje rojizo, salpicado de manchas pequeñas y blancas, cabeza erguida y cuernos en forma de pala.

cidían a internarse en él, mirando a todas partes y dispuestos a correr como gamos si sonaba cualquier ruidillo.

Fendetestas se halló súbitamente sin clientela. Ser ladrón en un desierto sin caravanas es la más estúpida de todas las ocupaciones. Al descubrir la causa de aquel aislamiento, sintió malhumor por primera vez desde que se había retirado a la cueva. Iba de un lado a otro por la fraga o se sentaba en sus observatorios habituales, esperando en vano. Y murmuraba, roído por el desaliento:

—¡Se acabó el negocioño!⁴ Este Cotovelo me partió. Terminó por decirselo francamente.

—¿Aún no encontraste a nadie que quiera ir a Teixido?

—¿Cómo voy a encontrar —dijo el fantasma abriendo sus brazos con desolación—, si en cuanto me ven se caen sin sentido o huyen dando voces sin detenerse a saber lo que quiero ni por qué estoy penando? Resulta imposible hablar con nadie, y así no puede ser. Luego se pasan noches y noches sin que yo vea alma viviente, como no seas tú.

—Tampoco yo veo a nadie, y eso es lo peor —dijo Fendetestas con voz triste para inspirarle lástima—. Escorrentaste⁵ hasta la Guardia civil. Eres mi ruina, Cotovelo. ¿Por qué no te vas?

—¿Adónde he de ir? —se defendía la aparición—. Cualquiera diría que estoy donde no debo. Todas las fragas tienen un fantasma, como tienen también un ladrón. Tú eres de Armental y acaso no lo sepas, pero antes que yo hubo aquí muchos aparecidos.

—¿Por qué no te presentas a un pariente?

—No nos llevamos bien. Malvís tocó otra cuerda.

⁴ Diminutivo con valor afectivo-ponderativo. Se refiere a un negocio que puede ser importante (galleguismo).

⁵ De *escorrentar*, verbo gallego que significa «ahuyentar».



—¡Pudiendo ir a todas partes, Cotovelo, como puedes tú; pudiendo ver la capital, o ir a Santiago o conocer Madrid, hombre, donde tanto hay que ver...! Lo mismo encontrarías allí que aquí el cristiano que buscas para ese servicio, o acaso mejor allí, y a la vez te distraías algo.

Pero Fiz meneaba obstinadamente la cabeza en la que sostenía la luz espectral.

—Es el cariño al *rueiro*^{*}, Malvís; aquí nací y aquí viví y nada me interesa como esto. En otros sitios no conozco a nadie. No me voy.

—Pues fastidiar, bien me fastidias —terminaba Fendetestas después de cada una de sus inútiles tentativas de convencimiento.

Cierta noche, sentados sobre el pico más alto de las rocas, vieron marchar por la negra lejanía una serie de puntitos de luz que avanzaban de oriente a occidente, uno tras otro, conservando siempre una distancia igual entre sí.

Fendetestas se levantó sobresaltado.

—Así Dios me salve como es la Santa Compañía.⁶

—Es —asintió el fantasma, naturalmente sin imutarse.

—Viene hacia aquí.

—No. Va hacia el mar.

Xan de Malvís volvió a sentarse. Acababa de ocurrírsele una idea.

—¿Es cierto que no hay obstáculo para ella, que sigue siempre en derechura, sobre los montes y sobre los barrancos y sobre el agua...?

—Sí.

—¿Y hasta podrá dar la vuelta al mundo?

El fantasma alzó los hombros con desdén.

En derechura:
Por el camino más recto; sin detenerse.

^{*} Pequeña agrupación de casas aldeanas. (*Nota del autor*).

⁶ Locución gallega que se refiere al Cortejo de las Ánimas, creencia supersticiosa popular que supone la peregrinación en grupo de las almas de aquellos muertos que no cumplieron promesas en vida, y que se manifiesta externamente por una serie de luces itinerantes.



—Claro que puede.

—Pues si esos van hacia el mar —siguió intencionadamente Fendetestas—, todo por ahí, siguiendo en línea recta, a donde llegarán no es otro sitio que las Américas. Por ahí se van también los vapores.

El espectro calló.

Zafra: Temporada de la recolección de la caña de azúcar y de su proceso de elaboración.

—Ahora es la zafra en Cuba —continuó Malvís—. Buena ocasión de ver aquello. Se trabajará de firme en los campos de caña y habrá allí muchos hombres ganando buenos jornales. No digo yo que quisiera ser uno de ellos, pero me gustaría verlo si pudiese y no me hicieran pagar el viaje.

—Sí, Malvís —reconoció el ánimo en pena, con una rara excitación—. Debe de ser un buen espectáculo.

—Sobre todo verlo, Cotovelino; haber estado allí... Porque, mira, no haber ido a San Andrés de Teixido..., bueno..., no está bien, pero hay mucha gente que no fue y no siente vergüenza. Pero... ser de la tierra y no conocer América, Cotovelo...

—Es verdad, es.

—No poder contar nunca: «Cuando yo estuve en Cienfuegos?...» Los pobres que nunca logramos ir no somos nadie. Ahí tienes unos compañeros tuyos que van para allá. ¿Qué te iban a decir si te unieses a ellos? Seguramente...

Pero no hizo falta que continuase. El secular afán emigratorio, reforzado por el también secular afán de no pagar el pasaje, habló en el alma del campesino difunto. Erguido, lúgubre, el fantasma de Fiz Cotovelo se alejaba ya, como empujado por el viento, hacia la negra lejanía.

Y pronto hubo una luz más entre las luces de la Santa Compañía.

Fendetestas la vio, persignose y lanzó un suspiro de alivio.

Persignar: Santiguar, hacer la señal de la cruz.

⁷ Ciudad de Cuba, capital de la provincia homónima. Sus fuentes de producción son la caña de azúcar, el café, el tabaco, el arroz y la ganadería.



ESTANCIA IV

El peregrino enamorado

Había una nube color de topo apoyada en el monte Xalo; una nube pesada y desmedida que abrumaba el horizonte. Y vino el viento Sur, afirmó los pies en el valle y se la echó a los hombros como un mozo puede cargar un saco de trigo colocado en un poyo. Pesaba tanto la nube que en la tierra se sentía el aliento tibio y húmedo del viento que jadeaba ráfagas. Quería llevarla hasta el mar, aún lejano, pero al pasar por Cecebre los pinos que hay en las alturas de Quintán rasgaron la cenicienta envoltura y todos los granos de agua cayeron, apretados, sucesivos, inagotables, sobre la verde y quebrada extensión del suelo.

Llovió tanto que parecía mentira que restase aire para respirar en el espacio lleno de hilos líquidos y de partículas acuosas que iban y venían, flotando, con aspecto de diminutos seres vivos, como si aquel mar tuviese también su plancton. El viento, quizá sorprendido por su fracaso o afligido por su torpeza, se había quedado quieto, quieto, tal la criada que rompió la pecera y encharcó la alfombra. Y en varios días nada se movió bajo la lluvia: ni hojas, ni pájaros, ni hombres. En los establos penumbrosos los bueyes fumaban su propio aliento y en el balcón techado del cura, el gato —con la cola pegada al costado izquierdo, como una espada— sentado sobre su vientre, miraba con ojos de chino una hora y otra hora, entre los barrotes pintados de azul, cómo caían tubitos de cristal desde las tejas, adormecido en romantíicismo.

Topo: Mamífero insectívoro, de pelaje muy fino de color gris oscuro o negrozco; ojos pequeños, casi ocultos bajo la piel, y manos anchas con cinco dedos armados de fuertes uñas con las cuales abre galerías subterráneas, donde vive.

Poyo: Banco de piedra, yeso u otra materia que se suele fabricar arrimado a las paredes, junto a las puertas de las casas.

Cenicienta: De color ceniza.

Restar: Quedar.

Plancton: Conjunto de los seres pequesísimos que se hallan en suspensión en el mar o en las aguas dulces.

Tubitos de cristal: Cotas de lluvia (metéora).